

Abraham, el Forastero

La visión determina el resultado

He tenido el privilegio de servir en las juntas directivas y en los equipos ministeriales de varios ministerios evangélicos, privilegio que ha incluido la increíble responsabilidad de evaluar solicitudes de trabajo y en ocasiones de entrevistar a los solicitantes. Como parte de mi labor pastoral he tenido que seleccionar personas para que formen parte de nuestros equipos ministeriales y también he ayudado a obtener apoyo para obreros en la iglesia. Debo admitir que esas tareas no han sido fáciles y en ocasiones he cometido errores. La apariencia puede ser engañosa al igual que lo son las hojas de vida y las cartas de recomendación. Ha habido hombres y mujeres que, en mi opinión, no eran los más indicados para desempeñar cierta función y resultaron ser absolutamente exitosos en su trabajo. Otros que parecían destinados a revolucionar el mundo

terminaron por abandonar su labor y jamás se volvió a oír hablar de ellos. Muchas veces he tenido que recordar las palabras que el Señor nos reveló en Isaías 55: 8-9:

«Porque mis pensamientos no son los de ustedes, ni sus caminos son los míos afirma el Señor. Mis caminos y mis pensamientos son más altos que los de ustedes; ¡más altos que los cielos sobre la tierra!».

Otra forma de decirlo es usando las palabras que solía decirnos el Dr. Bob Cook en el ministerio JUCUM: «Si puedes explicar lo que está sucediendo, Dios no lo hizo».

Abraham y Sara: Una elección inesperada

Imagine lo que usted y yo habríamos dicho si nos hubieran pedido nuestra opinión sobre la forma en la que el Señor debía poner en marcha y agilizar su gran plan de salvación para un mundo perdido. *¿Habríamos nosotros considerado a Abraham y a Sara para poner en marcha el plan de salvación?* Probablemente no y permítame explicarle por qué.

Primero que todo, la sociedad actual tiene una obsesión con los números, y el hecho de que Dios escoja sólo dos personas parece una jugada muy arriesgada. Desde nuestra perspectiva, Dios habría sido más sabio al escoger a la gran multitud que construyó la torre de Babel. Al fin y al cabo, ellos habían logrado algo de lo cual sentirse *orgullosos*, hasta que Dios acabó con ese proyecto. De hecho, la esencia del problema con la torre de Babel fue el orgullo. El eslogan «Cuanto más grande,

más hermoso» parece ser un eslogan muy inteligente pero Dios nos da la siguiente aseveración en Zacarías 4:10: «*se alegrarán los que menospreciaron los días de los modestos comienzos*». Jacob y su familia fueron a Egipto y, al final, se convirtieron en una gran nación. Unos cuantos panes y peces sirvieron para alimentar miles de personas. Lo poco es mucho cuando está en las manos de Dios. En Isaías 51:2, encontramos una verdad que Dios revela con respecto a Abraham: «*cuando no era más que uno solo lo llamé, y lo bendije y lo multipliqué*». La clave no son los números sino el milagroso poder de Dios.

Nuestra sociedad también está obsesionada con la juventud; y resulta que Abraham y Sara eran viejos. Ella tenía 65 años y él 75. Eran demasiado viejos para iniciar una familia. Pero El Señor es «*el Dios que da vida a los muertos y que llama las cosas que no son como si ya existieran*». (Romanos 4:17). Cuando Dios tomó la decisión de matar a un gigante blasfemo, puso una honda y cinco piedras en las manos de David, un joven pastor, y David mató a Goliat. Cuando Dios tomó la decisión de destruir a un ejército invasor que se asemejaba a un enjambre de langostas, reclutó a un granjero temeroso llamado Gedeón y le dio 300 hombres cuyas únicas armas eran unos cántaros y unas antorchas, y ellos acabaron con el enemigo. Nuestro Dios es el Dios de lo imposible.

Otra de las cosas en las que se enfocan las personas de nuestra época es en la velocidad. El ejemplo claro son los automóviles, los aviones, los cohetes y el correo electrónico. No obstante, Dios esperó 25 años antes

de darles a Abraham y a Sara su anhelado hijo, Isaac. Después Isaac tuvo que crecer y encontrar una esposa; y esperó 40 años antes de casarse. Pero eso no es todo. El Señor esperó 20 años más después de que Isaac y Rebeca se casaron para concederles sus dos hijos, Jacob y Esaú. Dios tomó 85 años para llegar al nacimiento de Jacob, el padre de los doce hijos que fundaron las doce tribus de Israel; y obviamente, Jacob tuvo que crecer, casarse y formar una familia. Luego pasaron siglos hasta que nació María, quien tuvo el privilegio de dar a luz al Hijo de Dios. Todo parecería indicar que Dios no tiene ningún afán, pero debemos recordar que sus caminos no son nuestros caminos y que nuestros tiempos están en Sus manos (Salmo 31:15).

El mundo actual también se siente fascinado con la innovación y menosprecia la tradición. Al igual que los atenienses en los días de Pablo, muchas personas sólo quieren estar involucradas en aquello que está de moda (Hechos 17:21). Las personas hacen largas filas para comprar artefactos que son lo último en tecnología, y los fabricantes los declaran modelos obsoletos antes de que los obsesivos compradores terminen de aprender cómo usarlos. ¡La innovación y el progreso tienen un inmenso valor para las personas! Pero Dios utilizó métodos muy tradicionales para llevar a cabo la gran obra de la redención. Su plan se desarrolló por medio de hombres y mujeres que se enamoraron, se casaron y tuvieron hijos, de lo cual dan un claro testimonio las genealogías registradas en la Biblia. Todo fue muy tradicional. De

hecho, Dios sólo puso de lado la tradición y realizó un milagro cuando Jesús fue concebido por medio del Espíritu Santo en el vientre de María.

Finalmente, nuestro mundo está atrapado en la adoración de los famosos y las celebridades. El humorista norteamericano Fred Allen definió a las celebridades como «personas que trabajan arduamente... para ser conocidas, y después usan gafas oscuras para evitar ser reconocidas». Muchos periódicos cuentan con una columna destinada a las celebridades para que todos podamos saber lo que hacen diariamente. Hay revistas de farándula y periódicos amarillistas que se dedican a exponer las vidas secretas de estas personas, y cientos de programas de televisión al igual que la industria del cine probablemente desaparecerían si no hubiese celebridades. *¡Sin embargo, Abraham y Sara no eran celebridades!* Fueron personas comunes y corrientes que confiaron en Dios y siguieron Su llamado, y Él los usó para fundar la nación de Israel. Es cierto que Dios también puede utilizar a los famosos, pero su método más común es escoger a *«lo insensato del mundo para avergonzar a los sabios, y escogió lo débil del mundo para avergonzar a los poderosos. También escogió Dios lo más bajo y despreciado, y lo que no es nada, para anular lo que es, a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse»* (1ª Corintios 1:27-29).

Podemos aseverar que Dios hizo lo correcto al llamar a Abraham y a Sara; razón por la cual, cuando usted y yo tenemos que tomar decisiones con relación al

ministerio, deberíamos imitar a Abraham y a Sara y no a la multitud que construyó la torre de Babel. No olvidemos que la responsabilidad más importante de ellos dos fue obedecer a Dios y vivir como extranjeros, separados de la impiedad que los rodeaba pero no aislados de las personas a las cuales necesitaban alcanzar con la verdad.

Llamado a salir del paganismo

Cuando Dios los llamó, Abraham y Sara eran ciudadanos de Ur de los caldeos, «una gran ciudad y... una civilización altamente organizada», según el eminente arqueólogo Sir Leonard Wooley. Ur tenía una población de más de 300.000 personas y estaba rodeada por una tierra exuberante que producía trigo y cebada, y tenía huertos que daban dátiles e higos. La ciudad estaba ubicada sobre el río Éufrates, lo cual la convertía en un lugar próspero a nivel comercial. La mayoría de las personas tenían un nivel de vida muy cómodo e incluso algunos vivían de forma suntuosa, según los descubrimientos de los arqueólogos que han desenterrado casas campestres que tenían catorce habitaciones. La ciudad había sido dedicada al dios Luna llamado *Nanna* y a su consorte, y contaba con inmensos templos edificadas en honor de esas deidades. Abraham y Sara adoraban ídolos (Josué 24:1-3).

Esteban nos dice que «*El Dios de la gloria se apareció a nuestro padre Abraham*», y le habló al patriarca (Hechos 7:2). Cuando Abraham vio la gloria de Dios, los dioses

paganos perdieron su atractivo, y cuando Abraham oyó la voz del Señor, los ídolos mudos se volvieron inútiles. «El Señor le dijo a Abram: *Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre, y vete a la tierra que te mostraré*» (Génesis 12:1). Esta dramática experiencia transformó a Abraham, el cual compartió la noticia con Sara; en ese instante, ella creyó. Ella y su esposo le dieron la espalda a Ur, la ciudad a la cual Abraham nunca más quiso retornar (Génesis 24:1-9). Abraham no sabía a dónde se dirigían en esta tierra (Hebreos 11:8), pero sí sabía lo que el futuro les reservaba en el cielo, «*porque esperaba la ciudad de cimientos sólidos, de la cual Dios es arquitecto y constructor*» (Hebreos 11:10).

Ese primer paso de fe en el Dios vivo y verdadero les cambió la ciudadanía. Ahora eran «*extranjeros y peregrinos en la tierra*» (Hebreos 11:13). Abraham era un forastero. Un vagabundo no tiene hogar, un adolescente fugado está huyendo del hogar, un extranjero está lejos del hogar, pero un peregrino se dirige al hogar. La visión determina el resultado, y la visión de Abraham y Sara estaba enfocada en lo celestial. Fue ese mirar hacia las cosas del cielo lo que les dio la fuerza para seguir andando cuando las circunstancias los atribularon y parecía como si Dios se hubiese olvidado de ellos.

Lo más importante en la vida de Abraham y Sara es que se convirtieron en extranjeros, y durante todo el tiempo que fueron extranjeros, disfrutaron la bendición de Dios. Cada vez que tomaron el control e hicieron las cosas a su manera o trataron de huir de una de las pruebas

diseñadas por el Señor para edificarles la fe, Dios tuvo que disciplinarlos y volverlos a encaminar por la senda correcta. La obra de Dios no puede ser realizada por miembros del pueblo de Dios que comprometan sus principios ni por quienes trabajan de forma aislada; sólo puede ser realizada por peregrinos separados para ese propósito que saben cómo andar con Dios en este mundo y tienen contacto con los pecadores sin participar en sus pecados. Abraham y Sara fueron peregrinos separados para cumplir un propósito y trajeron bendición a todo el mundo. Lot fue un miembro del pueblo de Dios que comprometió sus principios y perdió todo.

Un llamado a la obediencia

«*El Señor le dijo a Abram: Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre, y vete a la tierra que te mostraré*» (Génesis 12:1). El mandamiento de Dios para Abraham fue hecho con palabras fáciles de entender, pero Abraham cometió dos graves errores cuando comenzó su travesía de fe: llevó consigo a su padre Taré y a su sobrino Lot, y al llegar todos a Harán, Abraham dejó de ser un peregrino y se convirtió en un miembro de la comunidad (Génesis 11:22-32). Abraham volvió a retomar su viaje sólo después de la muerte de su padre y aprendió rápidamente que la obediencia a la Palabra de Dios es la primera evidencia de la verdadera fe en el Señor y que la desobediencia puede ser muy costosa. Dios quiere que terminemos bien nuestra carrera, como fue el caso de Abraham.

En Génesis 14:13 Abraham es llamado «el hebreo», un término que proviene de la palabra «*Heber*», el nombre de uno de los ancestros de Abraham (Génesis 10:24-25; 11:15). La palabra significa «*una región que queda al otro lado o mucho más lejos*». Para los moradores de Canaán, los «hebreos» eran forasteros sin importancia, personas que venían de una tierra lejana al otro lado del río Éufrates, el cual debían cruzar para entrar a Canaán. La Septuaginta traduce Génesis 14:13 de la siguiente forma: «*Abraham, el que cruzó desde el otro lado*». En las Escrituras encontramos que los gentiles utilizan el término «hebreo» como un insulto. La esposa de Potifar llamó a José «*el esclavo hebreo*» (Génesis 39:17) y los soldados filisteos le gritaron a Jonatán y a su escudero: «*¡Miren exclamaron los filisteos, los hebreos empiezan a salir de las cuevas donde estaban escondidos!*» (1º Samuel 14:11). Para los residentes de Canaán los hebreos eran extranjeros, visitantes de su tierra, personas sin ciudadanía y sin valor.

Pero realmente no tenía ninguna importancia el título que otros le dieran a Abraham porque él poseía un título que nadie más ostentaba, era «*el amigo de Dios*» (2º Crónicas 20:7; Isaías 41:8; Santiago 2:23). Por eso su tienda y su altar eran importantes, porque eran evidencias de que era un hombre distinto a todas las otras personas de esa tierra. Abraham era un hombre de fe; sus ojos estaban puestos en la ciudad celestial y no en las ciudades de la llanura como Sodoma. Lot se asentó finalmente en Sodoma porque era amigo del mundo (Santiago 4:4-6). Al leer Juan 15:9-17 encontramos que

Jesús llama a sus discípulos «amigos». ¡Qué inmenso privilegio poseemos! ¿Por qué acudir al mundo en busca de ayuda?

Un llamado a ser peregrino

Luego de enterrar a su padre, Abraham condujo a su grupo hacia el sur y se detuvieron en Siquem (Génesis 12:6), un sitio encantador en un valle verde lleno de huertos, jardines y un clima primaveral, no muy distinto a la tierra que rodeaba a Ur. Luego plantó su tienda entre Betel (la casa de Dios) y Hai (un montón de ruinas). ¿Alcanza a ver en Abraham y Sara una imagen de los cristianos en el mundo actual? Somos peregrinos que se supone avanzamos y vivimos entre este mundo (un montón de ruinas) y la eterna casa de Dios en el cielo (Juan 14:1-6).

Abraham fue un testimonio poderoso para quienes lo rodeaban sencillamente por la forma en que vivía, y eso mismo deberíamos ser nosotros. Él admitió que era un extranjero (Génesis 23:4) y todos sabían que vivía en una tienda. Su hogar era temporal y él estaba dispuesto a mudarse cada vez que Dios le daba la orden. A donde llegaban, construía un altar y adoraba, no a un Dios de madera, metal o piedra, sino al Dios de los cielos vivo y verdadero. Era lo suficientemente rico como para construirse una hermosa casa, pero los peregrinos no viven en casas; viven en tiendas. Pablo se refirió al cuerpo del cristiano como una tienda de campaña terrenal (2ª Corintios 5:1-5). Hablaremos al respecto más adelante.

Pero luego sucedió algo inesperado, hubo una hambruna en la tierra a la cual Dios había llamado a Abraham (Génesis 12:10-20). Abraham y Sara ya habían tenido una serie de pruebas y probablemente esperaban que Canaán fuese un refugio seguro, pero no fue así. Habían enterrado al hermano de Abraham en Ur y habían hecho un largo viaje desde Ur hasta Harán, en donde enterraron al padre de Abraham. Es posible enterrar a los muertos y sobrevivir una travesía difícil, ¿pero cómo se maneja una hambruna? Si estamos andando por fe, nos encomendamos al Señor y esperamos a que nos dé instrucciones, confiando en que proveerá lo que necesitamos. Pero Abraham entró en pánico, empezó a andar por vista y huyó a Egipto.

En la geografía espiritual de la Biblia, Egipto representa «el mundo», lo cual significa la sociedad sin Dios, todo el sistema de personas, cosas, ideas, prioridades y metas que son contrarias a la voluntad de Dios y que gobiernan el sistema actual anti-Dios. *«Porque nada de lo que hay en el mundo los malos deseos del cuerpo, la codicia de los ojos y la arrogancia de la vida proviene del Padre sino del mundo. El mundo se acaba con sus malos deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.»* (1ª Juan 2:16-17). Jesús llamó a Satanás *«el príncipe de este mundo»* (Juan 12:31) porque él posee ciertos poderes y privilegios que le permiten utilizar al mundo y las cosas del mundo para seducir al pueblo de Dios y oponerse a la obra del Señor (Mateo 4:8-10).

Siempre que estamos en circunstancias difíciles, podemos confiar en Dios, esperar y crecer, o podemos

convertir la situación en una tentación, rehusarnos a creer en Dios y terminar por desobedecerlo. Abraham escogió el plan B, huyó a Egipto, mintió sobre su esposa y casi la pierde. Arruinó su testimonio y partió de Egipto como un hombre avergonzado. A juzgar por lo que aparece registrado en la Biblia, Abraham abandonó su tienda y su altar cuando estuvo en Egipto, pero al retornar a la tierra prometida, renovó su caminar con el Señor (Génesis 13:1-4).

Los peregrinos pecan y cometen errores, pero reconocen sus pecados, vuelven al lugar que les corresponde y Dios los perdona. El predicador escocés George H. Morrison dijo: «La vida cristiana victoriosa es una serie de nuevos comienzos». No recibimos la salvación una y otra vez, pero si renovamos nuestro andar con Dios y seguimos caminando. Los peregrinos pueden llegar a ser personas que retroceden, pero no permanecen en esa condición por mucho tiempo. Vuelven a poner sus ojos en la ciudad celestial, confiesan sus pecados, buscan el perdón de Dios, y Él los restaura.

Muchos creyentes tanto a nivel individual como a nivel de congregaciones completas han imitado a Abraham y han huido a Egipto en busca de ayuda. Dejan de ser peregrinos; pierden su estado de separación del mundo y empiezan a promover la idea de imitar al mundo. Los santuarios se convierten en teatros, los líderes de adoración se transforman en artistas y todo el mundo se siente feliz, excepto el Señor. La Palabra de Dios y la oración dejan de ser enfatizadas, se hace un énfasis

especial en cierto tipo de música y se comercia con el Evangelio. Esa quizá sea una forma de levantar una gran multitud, ¿pero es la forma que Dios utiliza para glorificar a Jesucristo y construir la iglesia? Considere lo que Pablo escribió en 1ª Tesalonicenses 2:1-7 y reflexione con seriedad al respecto.

Aprender a obedecer de la forma difícil

Cuando leemos la vida de Abraham, descubrimos que, aunque él andaba de forma consistente en la dirección correcta, ocasionalmente tropezaba. Después de diez años de estar en la senda de la fe, Abraham y Sara aún no tenían un hijo. Entonces Sara sugirió que su esposo se casara con su sierva Agar y que ella le diera un hijo (Génesis 16). Ese tipo de matrimonio era legal en esa época, pero muchas cosas que son legales no son necesariamente la voluntad de Dios. *¡Lo que Abraham se llevó de Egipto solamente sirvió para causarle problemas!* La riqueza que adquirió (el dinero que el Faraón le dio como «compensación») generó problemas entre Abraham y Lot (Génesis 13), y de Agar le nació Ismael (el primogénito de Abraham), lo cual puso en peligro su hogar. Finalmente llegó el día en que Agar e Ismael tuvieron que irse (Génesis 21:8-10). Imagine cuán doloroso debe haber sido esa experiencia para Abraham.

Luego Abraham descendió a Gerar y volvió a mentir sobre su esposa (Génesis 20). El Señor trató con Abimelec, rey de Gerar, y sacó a luz el engaño de Abraham y el «secreto familiar» que Sara y Abraham guardaban desde que salieron de Ur. El rey exhortó

firmemente a Abraham, luego le ofreció dinero en compensación con gran generosidad y lo hizo continuar su camino. Una vez más, Abraham y Sara reiniciaron su peregrinaje y Dios cumplió su promesa y les concedió un hijo (Génesis 21).

Luego Dios le pidió a Abraham que le entregara su hijo (lea Génesis 22). Esa era su última prueba en la escuela de la fe, pues el futuro del plan de salvación que Dios concibió en su gracia incluía a ese hijo. Sin Isaac no habría Jacob y sin Jacob no existirían las doce tribus de Israel. Sin la nación de Israel no habría testimonio del Dios vivo y verdadero ni Sagradas Escrituras ni Redentor. Abraham había avanzado en la escuela de la fe y pasó la prueba para la gloria de Dios.

Dios es soberano y cuando no se le permite gobernar, usa su providencia para dirigir las cosas. Ocasionalmente tropezamos y caemos pero ese no es el final de la historia. *«El SEÑOR dirige los pasos de los justos; se deleita en cada detalle de su vida. Aunque tropiecen, nunca caerán, porque el SEÑOR los sostiene de la mano».* (Salmo 37:23-24 NTV). La visión determina el resultado y la visión de Abraham estaba puesta en las cosas de arriba, *«porque esperaba la ciudad de cimientos sólidos, de la cual Dios es arquitecto y constructor»* (Hebreos 11:10). Eso es equivalente a Hebreos 12:2: *«Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe».* Pablo lo expresó de la siguiente forma: *«Hermanos, no pienso que yo mismo lo haya logrado ya. Más bien, una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y esforzándome por alcanzar lo que está*

delante, sigo avanzando hacia la meta para ganar el premio que Dios ofrece mediante su llamamiento celestial en Cristo Jesús» (Filipenses 3:13-14).

Un llamado a ser diferente

Al igual que el patriarca Abraham, se supone que el pueblo de Israel debía ser un pueblo peregrino, separado de la maldad del mundo. *«Yo soy el Señor su Dios, que los he distinguido entre las demás naciones... Sean ustedes santos, porque yo, el Señor, soy santo, y los he distinguido entre las demás naciones, para que sean míos.»* (Levítico 20:24, 26). El vidente Balaam dijo: *«Desde la cima de las peñas lo veo; desde las colinas lo contemplo: es un pueblo que vive apartado, que no se cuenta entre las naciones»* (Números 23:9). Cuando Salomón dedicó el templo, habló sobre la singularidad de Israel: *«Tú los apartaste de todas las naciones del mundo para que fueran tu heredad. Así lo manifestaste por medio de tu siervo Moisés cuando tú, Señor y Dios, sacaste de Egipto a nuestros antepasados»* (1º Reyes 8:53). El malvado Amán le dijo al rey Asuero: *«Hay cierto pueblo disperso y diseminado entre los pueblos de todas las provincias del reino, cuyas leyes y costumbres son diferentes de las de todos los demás.»* (Ester 3:8). En Romanos 9:4-5, Pablo menciona algunos de los privilegios que Dios le dio a Israel y que no le otorgó a ninguna otra nación.

«De ellos son la adopción como hijos, la gloria divina, los pactos, la ley, y el privilegio de adorar a Dios y contar con sus promesas. De ellos son los patriarcas, y de ellos,

según la naturaleza humana, nació Cristo, quien es Dios sobre todas las cosas. ¡Alabado sea por siempre! Amén»

Por eso es que el Señor le ordenó al pueblo israelita que no se relacionara con los pueblos y las prácticas de las naciones que había en Canaán. «*Derriba sus altares, y haz pedazos sus piedras sagradas y sus imágenes de la diosa Aserá*» (Éxodo 34:13; lea Deuteronomio 7). No debían casarse con las personas de esas naciones ni hacer pactos con ellos y ni siquiera debían atesorar los metales preciosos y las joyas que encontrarían en los ídolos paganos al destruirlos (Deuteronomio 7:25-26).

Aún antes de cruzar el río Jordán y entrar a la tierra prometida, Israel fraternizó con el enemigo (Números 25). Los moabitas invitaron a los israelitas a participar en una de sus fiestas y los israelitas desobedecieron a Dios y asistieron a la celebración. Esa fiesta estaba dedicada a la idolatría y la inmoralidad y Dios tuvo que juzgar a su pueblo y eliminar a más de 24.000 desobedientes israelitas.

Tan pronto los israelitas pelearon su primera batalla en la tierra prometida, Acán, uno de los soldados, codició parte del botín de Jericó y le generó una derrota al ejército de Israel en Hai, al tiempo que propició su propia muerte y la de su familia (Josué 7). Los israelitas mantuvieron su separación de otras naciones durante el liderazgo de Josué y los ancianos que lo sucedieron, pero cuando la tercera generación asumió el liderazgo, se olvidó del Señor y de la ley y siguieron las costumbres

de las naciones paganas que los rodearon (lea Jueces 2:6-23). Adoraron a los dioses del enemigo que había sido derrotado.

El libro de Jueces registra un ciclo de repetida infidelidad de parte del pueblo de Israel. Cuando un juez piadoso asumía el liderazgo, el pueblo obedecía a Dios, por lo menos a nivel externo; pero cuando el juez moría, el pueblo volvía a caer en la idolatría. Entonces Dios traía una nación gentil para castigar y esclavizar a los israelitas en su propia tierra. Los israelitas clamaban misericordia a Dios y, en su gracia, Él los libraba y les daba un nuevo líder; pero ese ciclo se repitió en seis oportunidades. Con frecuencia durante el periodo del reino dividido, en el tiempo en que los profetas ministraban, Israel imitó a Abraham y descendió a Egipto en busca de ayuda (Isaías 30:1-5; Jeremías 2:12-19; 42-43). Tanto el reino del norte como el del sur adoptaron prácticas idólatras hasta que finalmente Dios trajo a los asirios para destruir el reino del norte, Israel, y a Babilonia para llevar cautivo el reino del sur, Judá.

Luego del cautiverio babilónico, cuando sólo un pequeño remanente de israelitas pudo retornar a Jerusalén a reconstruir la ciudad y el templo, uno de los problemas más graves fue mantener a los israelitas separados de los gentiles paganos (Esdras 6:21; 9-10; Nehemías 9-10; 13:23-31). El propósito de Israel era ser una luz a los gentiles (Isaías 42:6; 49:6), pero, por el contrario, los gentiles se convirtieron en una pesada carga para los israelitas. Cuando llegamos al final del

Nuevo Testamento, sólo un remanente del pueblo israelita es fiel al Señor y aguarda la llegada del Redentor prometido (Malaquías 3:16-18). Nos encontramos con algunos de ellos en los primeros dos capítulos de Lucas: Zacarías y Elizabeth, María y José, los pastores de Judea, y Simeón y Ana.

Extranjeros sociales, participantes espirituales

Abraham fue un extranjero peregrino y se supone que sus descendientes naturales (la nación de Israel) habían de vivir de manera semejante, pero fracasaron en ese propósito. Pecaron reiteradamente en contra de su posición privilegiada y experimentaron la disciplina del Señor. Pero Abraham también tiene descendientes *espirituales*, aquellos que han puesto su fe en Jesucristo y han nacido en la familia de Dios. *«Por lo tanto, sepan que los descendientes de Abraham son aquellos que viven por la fe... Así que los que viven por la fe son bendecidos junto con Abraham, el hombre de fe... Y si ustedes pertenecen a Cristo, son la descendencia de Abraham y herederos según la promesa»* (Gálatas 3:7, 9, 29).

Por tanto, la iglesia es una congregación de peregrinos que viven en un mundo hostil. Cuando Jesús oró por su iglesia, dijo: *«No te pido que los quites del mundo, sino que los protejas del maligno. Ellos no son del mundo, como tampoco lo soy yo»* (Juan 17:15-16). Él venció el sistema del mundo (Juan 16:33) y nos dejó en este mundo lleno de seres humanos para ser testigos por medio de nuestras palabras y de nuestras obras de las buenas

nuevas de redención. El mundo ve a los cristianos como extranjeros, pero desde la perspectiva de Dios, *los no salvos son los verdaderos extranjeros. «Compórtense sabiamente con los que no creen en Cristo, aprovechando al máximo cada momento oportuno» (Colosenses 4:5). «procurar vivir en paz con todos, a ocuparse de sus propias responsabilidades y a trabajar con sus propias manos... para que por su modo de vivir se ganen el respeto de los que no son creyentes, y no tengan que depender de nadie» (1ª Tesalonicenses 4:11-12). Los líderes de la iglesia: «Se requiere además que hablen bien de él (líder en general) los que no pertenecen a la iglesia» (1ª Timoteo 3:7). Los creyentes están en el mundo pero no son del mundo, en tanto que los no salvos están en el mundo y son del mundo, pero están fuera de la familia de Dios. El mundo es el mar en el que procuramos «pescar» a tantos como nos sea posible con la red del Evangelio (Mateo 13:47-50).*

Pero la historia muestra que el pueblo de Dios frecuentemente ha imitado al mundo y ha actuado como aquellos de afuera a los cuales han de evangelizar. Pablo le hizo una advertencia a los creyentes romanos: *«No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta» (Romanos 12:2). No se supone que los cristianos deban ser extraños, sino diferentes. Los creyentes de Corinto estaban viviendo como incrédulos y Pablo les escribió: «Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!» (2ª Corintios*

5:17). Pedro les envió un mensaje similar a los creyentes en las provincias romanas: *«Como hijos obedientes, no se amolden a los malos deseos que tenían antes, cuando vivían en la ignorancia. Más bien, sean ustedes santos en todo lo que hagan, como también es santo quien los llamó; pues está escrito: Sean santos, porque yo soy santo»*. (1ª Pedro 1:14-16).

Cuando la iglesia empieza a imitar al mundo deja de revelar y glorificar al Señor. Si Dios realmente está obrando en y a través de nosotros, entonces reflejaremos a Cristo ante *«una generación torcida y perversa»* y resplandeceremos *«como luminares en el mundo»* (lea Filipenses 2:12-16 LBLA). *«Pase lo que pase, compórtense de una manera digna del evangelio de Cristo»* (Filipenses 1:27; lea también 3:17-20). Aquellos que están afuera de la familia de Dios no entienden la Palabra del Señor y es nuestra responsabilidad utilizar todos los medios legítimos que nos sean posibles para enseñarles (Marcos 4:11).

La vida de Abraham se identifica con una tienda y un altar. Él era un peregrino, un extranjero en medio de un viaje, y era también un adorador del único Dios vivo y verdadero. ¿De qué forma pueden los creyentes a nivel individual y las iglesias como cuerpo dar el mismo tipo de testimonio? ¿Somos peregrinos o ciudadanos del mundo?

Forasteros en tierra extranjera

«Algunos cristianos tienen la mente tan enfocada en el cielo que no encajan en la tierra». El evangelista D. L.

Moody solía hacer esa aseveración y en la actualidad es necesario repetirla. Si tenemos la certeza de estar de camino al cielo, esa seguridad debería hacer que nuestras vidas diarias sean diferentes.

Abraham mantuvo sus ojos de fe puestos en su hogar celestial pero no ignoraba lo que sucedía en su vecindario. Cuando hubo guerra en la tierra, armó su ejército y con la ayuda de Dios derrotó al enemigo, y no recibió ningún pago por sus servicios (Génesis 14). Cuando se enteró de que el Señor estaba a punto de destruir Sodoma y Gomorra, Abraham intercedió por la ciudad, pensando especialmente en Lot y su familia (Génesis 18). Cuando tuvo que cumplir con la triste tarea de enterrar a su esposa Sara, pagó más de lo que era justo por la cueva de Macpela (Génesis 23). También se aseguró de que su hijo Isaac se casara con una mujer de la familia para que el pacto con el Señor pudiera cumplirse. Abraham permitió que su luz brillara y quienes lo rodeaban supieron que él era diferente.

Cuando el pueblo del reino del norte estuvo en el exilio en Babilonia, el profeta Jeremías les envió una carta para indicarles cómo vivir como forasteros en una tierra extranjera (Jeremías 29). No les aconsejó que realizaran manifestaciones ni que formaran un movimiento clandestino y que protestaran en contra del gobierno. Entre otras cosas, las siguientes fueron las ordenanzas que el Señor les dio:

«Construyan casas y habítenlas; planten huertos y coman de su fruto. Cásense, y tengan hijos e hijas; y

casen a sus hijos e hijas, para que a su vez ellos les den nietos. Multiplíquense allá, y no disminuyan. Además, busquen el bienestar de la ciudad adonde los he deportado, y pidan al Señor por ella, porque el bienestar de ustedes depende del bienestar de la ciudad» (Jeremías 29:5-7)

En resumen, Dios les dijo que vivieran vidas normales y piadosas, y que fuesen parte de la respuesta, no del problema. Después de leer la carta de Jeremías, vale la pena leer la primera epístola del apóstol Pedro y observar cómo las dos concuerdan. Pedro les escribió «*a los elegidos, extranjeros dispersos*» en las provincias romanas (1ª Pedro 1:1). Los exiliados a los que les escribió Jeremías estaban en Babilonia. En la epístola de Pedro 1:17, el apóstol exhorta a los creyentes: «*les ruego como a extranjeros y peregrinos en este mundo, que se aparten de los deseos pecaminosos que combaten contra la vida*». La carta de Pedro a los cristianos se asemeja a la de Jeremías a los exiliados en Babilonia. Las dos cartas contienen consejos sabios para la iglesia de Jesucristo en la actualidad.

Pedro escribió: «*Sométanse por causa del Señor a toda autoridad humana, ya sea al rey como suprema autoridad, o a los gobernadores que él envía para castigar a los que hacen el mal y reconocer a los que hacen el bien. Porque ésta es la voluntad de Dios: que, practicando el bien, hagan callar la ignorancia de los insensatos... Den a todos el debido respeto: amen a los hermanos, teman a Dios, respeten al rey*» (1ª Pedro 2:13-15, 17). Observe que Pedro no sólo enfatiza una actitud correcta ante la autoridad pagana,

sino también una relación de amor al interior de la familia de Dios. *La unidad amorosa del pueblo de Dios es un testimonio sumamente poderoso en este destrozado mundo*, (lea especialmente 1ª Pedro 3:8 - 4:19).

La palabra «llamados» es un término clave en la primera carta de Pedro y nos ayuda a entender las responsabilidades que tenemos como peregrinos y extranjeros.

- Somos llamados a ser santos en este mundo perverso (1:15-16).
- Somos llamados a brillar como estrellas en un mundo oscuro (2:9).
- Somos llamados a seguir el ejemplo de Cristo porque el mundo se opone y nos persigue como lo hizo con Él (2:21).
- Somos llamados a heredar una bendición retornando bien por mal (3:9-12).
- Somos llamados a entrar a la gloria de Dios, sin importar lo que pase (5:8-11).

Medite en esos versículos y observe cómo son reflejados en la vida de Abraham.

Muchas veces se ha dicho que muchas iglesias no son luces que exponen la impiedad de la cultura actual al tiempo que revelan la gloria de Dios, sino que son un reflejo de la cultura moderna. En lugar de líderes de adoración, encontramos porristas que animan eventos

emocionales. Muy pocas personas anhelan el poder espiritual de Hechos 1:8 porque las iglesias se apoyan firmemente en la tecnología; además, en cuando a la proclamación de las buenas nuevas a los pecadores, la iglesia sólo brinda buenos consejos y genera buenos sentimientos. ¿Por qué? Porque el pueblo de Dios se siente muy en casa en el «*presente siglo malo*» (Gálatas 1:4) y prefiere sentirse cómodo en el mundo antes que asemejarse al Salvador. Al igual que Lot, somos residentes del mundo, en lugar de ser extranjeros y peregrinos. Ya no somos forasteros; nos hemos ajustado tanto al mundo que somos uno con aquellos que están fuera de la familia de Dios. Pero eso tiene un gran costo.

Llamados a ser la iglesia

En la década de los sesenta una de las frases populares de muchos supuestos «cristianos de la calle» era «¡Jesús, sí, la iglesia, no!» Los medios de comunicación aprovecharon para divertirse con este lema porque les dio la oportunidad de criticar a la iglesia y a aquellos que somos parte de ella. ¿Pero cómo puede alguien que asevera ser un miembro de la familia de Dios amar al esposo y despreciar a la esposa? ¿Cómo pueden darle honor a la Cabeza e ignorar Su cuerpo?

Ciertamente los que somos parte de la iglesia confesamos nuestras fallas y fracasos y lloramos por ellas; pero nos quedamos con la iglesia y hacemos lo mejor que podemos para ayudarla a vivir conforme a su llamado celestial. Al igual que Abraham, no vamos a renunciar. Seguiremos mirando hacia arriba, con nuestra atención

enfocada en el cielo y en el retorno prometido de nuestro Señor Jesucristo.

La perspectiva determina el resultado

Funcionó para Abraham y funcionará para nosotros: *«Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe... Así que nosotros, que estamos recibiendo un reino incommovible, seamos agradecidos. Inspirados por esta gratitud, adoremos a Dios como a él le agrada, con temor reverente, porque nuestro Dios es fuego consumidor»* (Hebreos 12:2, 28-29).